

Pablo ha comprendido la intencion paternal de su divino maestro. Atleta generoso ciñe sus riñones para el combate, y seguro de que la prueba parará en confusion de su enemigo, exclama: ¡Pues bien! Yo me glorio gozoso en mis bofetadas, humillaciones y enfermedades; cuanto más viva sea la lucha, más brillará la fuerza divina que en mí combate.

En efecto, el Oriente y el Occidente, Jerusalem, Atenas y Roma ven pasar al infatigable combatiente. A pesar de su importuno monitor, marcha de victoria en victoria, hasta el dia en que, confundido el demonio para siempre, entona Pablo el himno de la libertad y del triunfo sempiterno: "He peleado buena batalla; he acabado mi carrera; ahora no me resta más que recibir la corona de la justicia. (II Tim. IV)."

La historia de la Iglesia ofrece mil ejemplos de la misma delegacion ó permission divina, dada á los demonios. Por no citar más que uno solo, ¿hay nada más célebre que las tentaciones de San Antonio y de los Padres del desierto? ¿Se quiere ver brillar en todo su esplendor una de esas bellas armonías que se encuentran á cada instante en los consejos de Dios? Hay que colocarse en las circunstancias de estas luchas formidables.

Era la mitad del siglo tercero. La guerra contra la Iglesia se iba á convertir en la batalla más espantosa, ó mejor dicho, en la más horrible carnicería que el mundo hubiera visto hasta entonces. Del uno al otro extremo del imperio iba á resonar el grito sanguinario de: ¡Los cristianos á los leones, *christianos ad leones!* Y millares de tiernos adolescentes, de tímidas vírgenes y débiles mujeres iban á des-

in curru triumphali triumphanti datur monitor suggerens: Homine m te esse memento. Ep., xxv, ad Paulam, pe obitu Blæ-silla

cender á la ensangrentada arena de los anfiteatros, para luchar cuerpo á cuerpo con las bestias feroces y con los ministros de Satanás, más feroces que las bestias.

En este momento crítico, Dios hace partir para las santas montañas de la Tebaida legiones de nuevos Moisés. "Consagrados en absoluto al servicio de Dios, dice Orígenes, y despegados de los cuidados de la vida, son los encargados de combatir por sus hermanos, con la oracion, el ayuno, la castidad y la práctica sublime de todas las virtudes." (1) Jamás ninguna mision será mejor cumplida. Desde el fondo de su soledad, Pablo, Antonio, Pacomio y sus numerosos discípulos levantarán al cielo sus manos suplicantes; y la voz de la virtud, venciendo á Diocleciano y Maximiano, alcanzará para los mártires la victoria y para la Iglesia un Constantino.

Satanás ve lo que se prepara y ruga. Dios le permite que se desencadene contra los intercesores, cuya poderosa oracion va á volcar los altares y á destruir el imperio del demonio. La lucha será desesperada. Para que sea más esplendente la gloria del triunfo y más vergonzosa la derrota, tendrá lugar en la fortaleza misma del demonio y contra sus satélites más temibles. ¿Cuál era esta fortaleza? Eran los desiertos del alto Egipto, especie de destierro donde la justicia de Dios tenia relegados los más terribles de estos espíritus malignos.

No es esto una suposicion vana es un hecho. ¿No leemos en la historia de Tobías, que el arcángel Rafael habiendo agarrado al demonio que atormentaba á Sara, lo confinó á los desiertos del alto Egipto, donde lo encadenó? (2) ¿No puede Dios, como Señor soberano de todas las criaturas fi-

1. *Homil.*, xxiv in Num.

2. Tunc Raphael angelus apprehendit dæmonium et religavit illum in deserto superioris Ægypti. *Tob.*, vii, 3.

jar ciertos límites al poder de los demonios, lo mismo en cuanto á los tiempos y lugares que en cuanto á las personas y á las cosas? En el Evangelio, Nuestro Señor hace alusión á esas mismas soledades. Hablando de un demonio arrojado del alma, dice que se va á *lugares áridos y sin agua*, donde recluta otros siete demonios peores que él. (1) ¿Cuáles son estos lugares de mala fama? Los más sabios intérpretes responden sin vacilar: "Son los espantosos desiertos, situados á la parte oriental de Egipto, vastas soledades cubiertas de arenas abrazadas, donde no llueve jamás, donde el Nilo cesa de ser navegable, donde el ruido horrible de las cataratas llena el alma de espanto, y donde hormigean las serpientes y las bestias venenosas." (2)

Allí, á esos lugares de horror, donde parece que Satanás construía su ciudadela, la divina Sabiduría condujo los Pablos, los Antonios, los Pacomios y Paphnucios con sus valerosos compañeros. En este campo de batalla tendrán que sostener contra los demonios, frecuentes y gigantescos combates. La historia los ha descrito, y la verdadera filosofía da la razón de ellos.

Estas luchas encarnizadas de Lucifer contra los héroes de la Tebaida, lo mismo que las que emprendió contra Job y contra el gran Apóstol, redundaron en gloria de los santos y vergüenza de su enemigo. Oigamos al ilustre historiador y amigo de San Antonio: "Vedlo, exclama San Ananias, ved al fiero dragon, prendido en el anzuelo de la cruz, tirado de un cabestro cual bestia de carga, con su argolla al cuello y los labios perforados con una anilla á mo-

1. *Mat.* XII, 43; *Luc.* XI, 24.

2. A turre Syenes cadent in ea quæ in extremis terminis Ægypti, Æthiopiæ, Blemmiarumque confinis est; ubi Nilus innavigabilis est, et cataractarum fragor, et omnia in via plenaque serpentum et venenatorum animantium. *Hier. in Ezech.*, c. xxx; *Corn. & Lap.*, in *Tob.* viii, Serarius, *quæstiuncul.*, ad *Tob.*

do de esclavo fugitivo. ¡Vedlo á él tan orgulloso, hollado bajo los piés desnudos de Antonio, como un murciélago que se ata para ludibrio, sin atreverse á hacer un movimiento, sin poder sostener la mirada del vencedor anacoreta! (1)

El poder de probar, que los demonios manifiestan á veces con ataques extraordinarios como los que acabamos de leer, es habitual en ellos. Noche y día y en todos los puntos del mundo, lo ejercitan desde la caída original en cada uno de los hijos de Adán (2). De aquí resulta, que el rey de la Ciudad del mal, á quien obedecen, es la causa indirecta de todos los crímenes; porque él es quien haciendo caer al primer hombre en el pecado, nos ha hecho herederos de la funesta propension á todas las iniquidades (3). Añadamos, que el pecado á que nos inclina con más furor y que mayor gozo le causa, en razón de lo difícil que es desprenderse de él, es el de impureza. (4)

Sin embargo, la sabiduría de Dios determina el ejercicio de ese terrible poder, y su bondad le fija los límites. Estos son tales, que siempre podemos resistir. "Dios es fiel, dice San Pablo, y no permitirá que seais tentados más allá de lo que pueden vuestras fuerzas; sino que hará que saqueis provecho de la tentación, á fin de que podais perseverar." (5)

1. Hamo crucis draco aduncatus á Domino est, et capistro ligatus est ut jumentum; et quasi mancipium fugitivum vinctus circulo et armilla labia perforatus, nullum omnino fidelium devorare permittitur. Nunc miserabilis ut passer ad ludentium irretitus á Christo est; calcaneo Christianorum subtractus gemit. *Vit. S. Ant.*

2. *S. Th.* 1 p. q. cxiv, art. 1.

3. *S. Thom.* 1 p. q. cxix, art. 3.

4. Diabolus dicitur maxime gaudere peccato luxuriæ, quia est maximæ adherentiæ et difficili ab eo homo potest eripi. *Ibid.*, 1. 2, q. lxxiii, art. 5.

5. Fidelis est Deus qui non patietur vos tentari supra id quod

Para hacer palpable la consoladora verdad enseñada por el Apóstol, San Efrén emplea varias comparaciones: "Si los arrieros, dice, tienen bastante buen sentido para no cargar sus bestias con fardos que no puedan llevar, con mucha más razón Dios no permitirá que el hombre sea víctima de tentaciones superiores á sus fuerzas." Y además: "Si el alfarero conoce el grado de cochura que necesitan sus vasijas, de modo que no las deja en el horno más del tiempo necesario para que adquiera cada una la solidez y hermosura convenientes; con mayor razón Dios no nos dejará á nosotros en el fuego de la tentación, sino el tiempo preciso para purificarnos y embellecernos, Conseguido el efecto, cesa la tentación." (*Tract. de patiem.*)

Desgraciadamente, no todos aprovechan la gracia de resistencia que les es dada. Débiles, porque son presuntuosos, sucumben á los golpes del enemigo, y la primera falta es bien pronto seguida de otra segunda. Satanás los embriaga con su veneno, paraliza sus fuerzas, y de tal modo les trastorna el sentido moral, que llegan á amar sus cadenas. El tirano que tienen sobre sí, en vez de causarles espanto, no es para ellos más que un ser imaginario ó un agente poderoso, cuya intimidad puede en muchas ocasiones proporcionar serias ventajas. De este modo el hombre aumenta respecto de sí mismo el imperio del demonio, y este poder voluntariamente dado es el más temible de todos. ¿Por respetar la libertad del hombre, Dios permite que esto suceda, sin perjuicio de pedir cuenta al hombre del uso que hace de su libertad!

De aquí nacen las prácticas ocultas, por medio de las que el hombre se pone en relación directa é inmediata con los espíritus de las tinieblas. Nombraremos entre otras, los potestis; sed faciet etiam cum tentatione proventum ut possitis sustinere, 1 *Cor.*, x, 13.

pactos explícitos ó implícitos, el poder de las suertes y de hacer aparecer el demonio y obtener de él respuestas, ó prestigios, ó medios de satisfacer las pasiones. Conforme lo hemos visto, todas estas cosas son tan antiguas como el mundo, y tan vulgares entre los infieles como el culto de los ídolos. Aunque menos generales entre los cristianos, existen, sin embargo, bajo formas siempre antiguas y siempre nuevas. Para negarlo, sería preciso rasgar la historia (1).

1. Pueden verse detalladamente la mayor parte de las prácticas demoniacas en la Const. de Sixto V. *Celi et terræ Creator; Ferraris*, art. *Superstitio*.—No es posible precisar los límites á que puede llegar este poder libremente dado al demonio. Hablando de los gigantes, muchos Padres de la Iglesia, entre otros San Justino, Atenagoras, Clemente Alejandrino, Tertuliano, Lactancio, San Ambrosio, dicen: "Scitote vero nihil nos temere ac sine teste dicere, sed quæ á prophetis pronuntiata sunt, declarare. Atque illi quidem (angeli) in cupiditatem prolapsi virginum, et carnis illecebra superati sunt. . . . Ex illis qui ad virgines adhæserunt, nati sunt quos gigantes appellarunt. *Athenag. Legat.*, etc.—(Gigantes) ex angelis et mulieribus generatos asserere divinæ scripturæ conditorem. *S. Ambr. de Noe et arca*.—¿No podría decirse que de aquí habrá venido la creencia en los semidioses, extendida entre todos los pueblos paganos?

La opinión de esos antiguos Padres, fundada según parece, en la corporeidad de los ángeles, ha sido completamente abandonada. Santo Tomás dice: *Corpora assumpta ab angelis non vivunt. Ergo nec opera vitæ per eos exerceri possunt. . . . dicendum quod, sicut Augustinus dicit (De civ. Dei, lib. XV, c. 23): "Multi se expertos vel ab expertis aucesse confirmant, Sylvanos et Faunos, quos vulgus incubos vocat, improbos saepe extitisse mulieribus, et earum expetisce atque peregisse concubirum. Unde hoc negare impudentiæ videtur" Si tamen ex coitu daemonum aliqui interdum nascuntur, hoc non est per semen ab eis, decisum, aut á corporibus assumptis, sed per semen alicujus hominis ad hoc acceptum, utpote quod idem daemon, qui est succubus ad virum, fiat incubus ad mulierem, sicut et aliarum rerum semina assumunt ad aliquarum rerum generationem, ut Augustinus dicit (De Trinit., lib. III, c. viii et ix); ut sic ille qui nascitur, non sit filius daemonis, sed illius hominis cujus est semen acceptum. 1 p. q. 11, art. 3.*

De ahí provienen también las leyes justamente severas, dictadas contra los que se entregan á semejantes prácticas. Leemos en el *Levitico*: "Hombre ó mujer en quienes hubiere espíritu pythónico ó de adivinación, mueran de muerte (1)." Y en el *Deuteronomio*: "No se halle entre vosotros quien purifique á su hijo ó á su hija, pasándoles por el fuego; ó quien pregunte á adivinos y observe sueños y agüeros, ni que sea hechicero, ni encantador, ni quien consulte á los pythones ó adivinos ó busque de los muertos la verdad (2)."

Las antiguas leyes cristianas no son ménos rigurosas. La degradación, la infamia, la prisión temporal ó perpétua, las penas corporales, la muerte y la excomunión mayor, son los castigos que imponen á los adeptos del demonio (3). A los ojos de todo hombre imparcial, la enormidad de tal crimen en sí mismo y en sus consecuencias religiosas y sociales, así como el ejemplo del mismo Dios, justifican cumplidamente la severidad de nuestros mayores. El que nuestra época niegue las prácticas demoniacas y haya abolido las penas con que se castigaban, esto no prueba más que su estupidez y la influencia demasiado real que el demonio ha vuelto á recobrar sobre el mundo.

También aquí, si resumimos las operaciones de los príncipes de la Ciudad del mal, veremos que sus artificios infinitos, como sus implacables furros, tienden al mismo objeto, á la destrucción del Verbo encarnado, en sí y en el

1. Vir, sive mulier, in quibus pythonicus, vel divinationis fuerit spiritus, morte moriantur. xx, 27.

2. Nec inveniatur in te, qui lustret filium suum at filiam ducens per ignem, aut qui ariolos sciscitetur et observet somnia et auguria nec sit maleficus nec incantator, nec qui pythones consulat, nec divinos, aut quaerat á mortuis veritatem. xviii, 10, 11, 12.

3. Véase *Ferraris*, en el lugar citado.

hombre su hermano. Verdad terrible y hermosa al mismo tiempo: terrible, porque nos revela la naturaleza y la incomprendible malignidad del odio satánico; preciosa, porque nos llena de un temor saludable, y descubriendo el mal en la unidad de su plan, pone en claro la lucha y nos da la más alta idea de nosotros mismos.